

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

## CONTENIDO:

Página

Jesucristo, Señor de la Iglesia .....	1
Estudio Exegético - Práctico de 1 Cor. 1..	9
La relación entre la Doctrina y la Obra Universal de la Iglesia .....	16
Unos principios bíblicos en cuanto a la Libertad Cristiana .....	21
Bosquejos para Sermones .....	36

Publicado por  
La Junta Misionera  
de la Iglesia  
Evangélica Luterana  
Argentina

Año 7

Segundo Trimestre - 1960

Número 26

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 26

Segundo Trimestre - 1960

Año 7

## JESUCRISTO, SEÑOR DE LA IGLESIA •

### IV — La glorifica

Jesucristo es el Señor de la gloria, 1. Cor. 2:8b; Juan 1:14. Jesucristo fué glorioso desde la eternidad, Juan 17:5. Todos los ángeles de Dios le adoran, Heb. 1:16. Sin embargo, Jesucristo poseía gloria no sólo *antes* de la existencia del mundo, sino también mientras estaba *en* el mundo. Aunque su gloria se hallaba mayormente oculta, con frecuencia la revelaba mediante rayos ocultos de gloria, de modo que los discípulos vieron claramente su gloria, Juan 1:14. Sus milagros revelaban su deidad y su divina majestad, Juan 2:11. La majestad del "Yo soy" que pronunció en el huerto de Getsemani hizo caer al suelo a sus enemigos. En el monte de la Transfiguración sus discípulos quedaron sobrecogidos ante la manifestación de su gloria y majestad celestiales, Mat. 17:1 y sig.

Aun el resplandor de uno de sus ángeles creados causó tanto miedo que los guardas junto a la tumba temblaron y se quedaron como muertos.

Es cierto que en amor infinito y divino, por causa de nuestra redención, Jesús voluntariamente y por espacio de treinta y tres años puso a un lado el uso completo de su gloria, viviendo en un estado de humillación, pobre, menospreciado, odiado, perseguido, insultado, condenado, azotado, crucificado, muerto y sepultado, Filip. 2:5-8.

Pero aun así, esta humillación voluntaria por causa de nuestra redención es su mayor gloria, seguida de su gran exaltación: resucitó de entre los muertos gloriosamente, volvió a subir a los cielos majestuosamente, y se sentó a la diestra de Dios, Filip. 2:9-11; Heb. 10:11-12; Mat. 26:64, y es ahora amado y adorado para siempre como el Cordero que fué inmolado y que con su sangre nos redimió para Dios, Apoc. 5:9-13.

En el Día del Juicio, Jesucristo volverá en su gloria, rodeado de todos sus ángeles, y se sentará en el trono de su gloria, Mat. 25:31.

Lo mismo que su Señor de la gloria, la Iglesia es gloriosa, destinada a pasar del estado de la Iglesia militante a la Iglesia triunfante. Todos los verdaderos cristianos, creyentes sinceros, miembros genuinos de la Una Sancta, son, por adopción, los hijos amados de Dios, los hermanos y hermanas amados de Jesús, Juan 1:12; Gál. 3:26-27; Rom. 8:14-15; 1 Juan 3:1; Mat. 6:9 ("Padre nuestro"); Mat. 28:11 ("mis hermanos"). ¿Qué mayor honor pueden tener los seres humanos? Aún más, somos llamados reyes y sacerdotes, Apoc. 1:6; real sacerdocio, 1 Ped. 2:9. Aunque por naturaleza somos mortales muy pecaminosos, la sangre de Cristo nos ha limpiado tan completamente del pecado que ahora somos llamados *santos*, el pueblo santo de Dios, justos, Rom. 1:17; 1 Cor. 1:2; Efe. 5:3; Col. 3:12; Efe. 1:4; 5:27. Así, el apóstol San Pablo escribe epístolas a los *santos* en Éfeso, 1:1; Filipos, 1:1; Colosas, 1:2; Roma, 1:7.

Aún más glorioso, íntimo e indicativo del amor del Señor para con los suyos es el término "Esposa". Mat. 25:1-13; Efe. 5:25-27; Salm. 45; Apoc. 19:6-9; Apoc. 21:9-11 y sig.; Cf. Mat. 22:1-14. Así, Cristo es el Esposo, la Iglesia es su esposa, y la vida eterna en el cielo es la celebración eterna de las bodas.

La gloria de la Iglesia está oculta en este mundo. "Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser", 1 Juan 3:2. A todo creyente y miembro de la Iglesia, como también a la Iglesia como a un cuerpo, se le pide sufrir con su Señor, llevar con paciencia la cruz en pos de Jesucristo, y esperar ser odiado, menospreciado, ridiculizado, perseguido, oprimido, y hasta matado por los impíos, los hijos del diablo, Hech. 4:22; 2 Tim. 3:12; Hech. 8:1; Mat. 10:16-42.

Los apóstoles sentían orgullo en sufrir con Cristo, Hech. 5:41; Mat. 5:10-12; Rom. 8:17; 1 Ped. 3:14; Apoc. 7:14: "gran tribulación"; Dios enjuga de los ojos de ellos toda lágrima, Apoc. 7:17; 21:4; pero aun nada de esto puede compararse con la gloria en el cielo, Rom. 8:18; 1 Ped. 1:6-7. En la actualidad hay millones de mártires: algunos en prisión, otros desterrados, y aún otros víctimas de torturas y de la muerte.

Mas honramos a estos mártires como honramos a Esteban y a Juan Bautista y a los miles y miles de la Iglesia primitiva. Nos enorgullecemos en exhibir y llevar la cruz, el emblema de la ignominia y la tortura, pero ahora el emblema del triunfo y la victoria. El insulto y el vituperio del mundo no deben inquietarnos o molestarnos en modo alguno. Los incrédulos en su ceguedad no saben lo que hacen. El mundo insensato y malvado y destinado a la condenación, ya casi a un tiro de piedra del infierno, arrojó insultos y vituperios a Noé y su arca hasta que el Diluvio los ahogó en la condenación; y se burló de Lot hasta que el fuego y el azufre mandaron a Sodoma y a Gomorra al infierno. No es la Iglesia la que sufre la desgracia, sino el mundo.

Es un gran honor padecer por Cristo. Por esta razón, aun en el más terrible sufrimiento, los fieles creyentes glorificaron a Dios y sintieron su proximidad. Daniel en el foso de los leones, y Sadrac, Mesac y Abednego en el horno ardiendo en fuego tuvieron a su lado un ángel del Señor; y así como glorificaron al verdadero Dios, asimismo Dios los honró salvándolos milagrosamente. Pablo y Silas en la cárcel en Filipos cantaban alabanzas a Dios a pesar del dolor que les causaban las heridas en sus espaldas, y Dios los honró librándolos milagrosamente, como lo había hecho anteriormente con Pedro y otros apóstoles, Hech. 5:17-32; Hech. 4:1-31; Hech. 12:1-19.

Conviene advertir empero que no todo padecimiento implica llevar con honor la cruz de Cristo; se lleva así esa cruz cuando los cristianos padecen inocentemente por causa de Cristo, cuando rehusan pecar y ser desleales a Dios o negar su muy sagrada fe. Muchas de nuestras dificultades son resultado de nuestro propio pecado y maldad, de nuestra propia insensatez, de nuestro propio descuido e inconsideración, de nuestro propio abuso del alimento y de la bebida, y también de nuestra propia pereza y negligencia pecaminosa. Entonces nuestros sufrimientos no son un honor, sino una desgracia, las consecuencias de nuestras propias faltas. Entonces tenemos que confesar como el malhechor que se arrepintió: "Estamos en la misma condena; y sufrimos justamente, porque estamos recibiendo la recompensa de nuestros hechos". Entonces son aplicables las palabras de San Pedro: "Pues si *cundo peccis* sois abofeteados, ¿qué gloria

tendréis al sufrirlo con paciencia? Mas si padecéis por *hacer lo bueno* y lo sufris con paciencia, esto es digno de alabanza delante de Dios", 1 Ped. 2:20. De modo que cuando sufrimos por causa de *Jesús*, ¿por qué habría de inquietarnos el escarnio del mundo? Lo importante es lo que Dios opina. Honramos a José que fué echado en la cárcel porque temía a Dios y se conservaba firme en su fe, pero con razón despreciamos a la mujer malvada de Potifar, la cual hizo que José fuese encarcelado.

El apóstol San Pablo, el sufridor y mártir, escribió por experiencia, pero con una fe filial, que los padecimientos de este tiempo presente son relativamente breves, pequeños e insignificantes cuando se comparan con la gloria indescriptible y eterna que ha de ser manifestada en nosotros. Ni tampoco reclamó vanagloriosamente San Pablo las glorias del cielo como justa recompensa por su fiel obra misionera y sus años de intensos padecimientos por causa de Cristo. Al contrario, su humilde confesión se encuentra en las palabras de 1 Tim. 1:11-15. Y lo mismo que San Pablo, el apóstol San Pedro nunca pudo olvidar la manera tan terrible y vergonzosa como negó a su amado Salvador durante su Pasión. En lugar de reclamar el cielo como justa recompensa, se nos dice que cuando iba a ser crucificado, pidió a los enemigos que lo crucificaran con la cabeza para abajo porque se sentía completamente indigno de ser crucificado en la misma posición que lo fué su Señor y Salvador Jesucristo.

Tanto Pablo como Pedro estaban seguros de su propia salvación y la gloria eterna en el cielo, no a causa de lo que habían padecido, sino únicamente por causa de Jesucristo y su gloriosa obra de la redención, 1 Ped. 1:3-9. Estaban seguros de que su Salvador los recibiría en la gloria (2 Tim. 4:18), así como el Señor de la gloria, con la mayor majestad y la más absoluta certidumbre, había predicho su propio retorno a la gloria eterna, Juan 16:28; Mat. 26:64; Mat. 25:31; Juan 6:40 44 47 54; 11:25-26; 17:24; Luc. 24:26: "entrará en su gloria?"

El Señor de la gloria, Jesucristo, el Señor de la Iglesia, *compró* nuestra gloria al padecer por nosotros la vergüenza y la humillación: con su corona de espinas obtuvo para nosotros la corona de la justicia, 2 Tim. 4:8: la corona de la vida, Sant. 1:12: una corona inmarcesible de gloria, 1 Ped. 5:4; Apoc. 2:10; 3:11: una corona incorruptible, 1 Cor. 9:25; "una

herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para nosotros", 1 Ped. 1:4. Entonces literalmente nos regocijaremos con gozo inefable y glorioso, obteniendo el resultado de nuestra fe: la salvación de nuestras almas, 1 Ped. 1:8-9. Serán indescriptibles el gozo y la bienaventuranza que llenarán nuestros corazones y almas en el cielo cuando veamos a Jesús cara a cara, a quien tanto amamos ahora, aunque no lo veamos. Dios es el bienaventurado y único Soberano, Rey de los reyes y Señor de los señores, a quien ninguno de los hombres vió ni puede ver; que habita en luz inaccesible, Apoc. 19:16; Apoc. 17:14; 1 Tim. 6:15-16. A este Dios glorioso veremos cara a cara en el cielo.

En el cielo estaremos libres de todo dolor y dificultad y temor y padecimientos de este mundo, Apoc. 21:4, pero la mayor felicidad y el mayor gozo es estar *con Dios* para siempre, verle y oírle con nuestros ojos y oídos, y adorarle con todos los santos y ángeles en perdurable júbilo y adoración, Filip. 1:21-23; Job 19:25-27; Luc. 23:43; Juan 14:1-6; Juan 17:24; 1 Juan 3:2; 2 Cor. 7:8. Estaban murió con esta ferviente oración en sus labios: "Señor Jesucristo, recibe mi espíritu", Hech. 6:59; Salm. 73:23-26.

Todo esto presupone la resurrección del cuerpo, la inmortalidad del alma, la unión del cuerpo y del alma para siempre, la gloriosa renovación del cuerpo de los creyentes. A todos los muertos, sin excepción alguna, Cristo resucitará, Dan. 12:2 ("una multitud"); Juan 5:28-29, pero los impíos serán resucitados a vergüenza y menosprecio, a la condenación eterna, al castigo eterno, Mat. 25:46, para el "lugar de tormento", Luc. 16:22-31; Apoc. 20:9-15; 14:10-11; 21:8; 22:15.

En cambio, todos los creyentes serán resucitados a la vida eterna con Dios en el cielo, Job 19:25-27; Mat. 25:46b; Juan 11:25-26; Luc. 23:43; Luc. 16:22; Juan 10:27-28; Juan 3:16; 5:24; Juan 6:39-40 44 47 51-54; Rom. 8:11; Juan 14:19; Filip. 3:21. Particularmente el gran Capítulo de la Resurrección, 1 Cor. 15, muestra y describe la resurrección del cuerpo, especialmente los hermosos versículos 42-58. Estas palabras son indescriptiblemente hermosas, consoladoras y gloriosas. Nuestro cuerpo se siembra corruptible, resucita incorruptible; se siembra en deshonra, resucita en gloria; se siembra en flaqueza, re-

sucita en potencia; se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual. Este pensamiento se repite dos veces en los versículos 53 y 54, de modo que el creyente puede exclamar con fe firme y gozosa: "¿Dónde está, oh sepulcro, tu victoria? ¿dónde, oh muerte, tu aguijón?" Esta gloriosa esperanza, esta bienaventurada seguridad nos fortalece cada vez más para realizar nuestras arduas tareas, particularmente abundando en la obra del Señor siempre, vers. 58.

El Día del Juicio es un día de desesperación y horror, de castigo y eterno destierro para los *incrédulos*, pero para los cristianos este mismo Día del Juicio es un día de honor y gloria, de bienvenida e invitación, de alabanza y eterna recompensa de *gracia*. El Día del Juicio es un día de vindicación y justicia. En el Día del Juicio los justos, los creyentes oirán de boca de su amado Señor palabras de emocionante alabanza, de incomparable dulzura, y los incrédulos no podrán menos que oír todo esto. Entonces seguirá una sentencia de desdenosa condenación para los enemigos impíos de Jesucristo. No las ovejas, sino los obstinados y malvados cabritos serán los condenados, culpables, execrables e indignos reos y homicidas.

En el Día del Juicio se cambia el papel. Entonces el Señor Jesucristo, el Señor de la Iglesia, como Señor del universo, como Rey de los reyes y Señor de los señores, como Juez absolutamente supremo y soberano, pronuncia la sentencia, la sentencia de muerte, sobre sus vanidosos enemigos. Entonces pronuncia la sentencia final sobre los infieles, condenándolos al castigo eterno en el infierno. Entonces, con ira divina y terrible desdén y desprecio y con poder irresistible, separará para siempre a los injustos de los justos y arrojará a los injustos para siempre al fuego eterno del infierno. No aceptarán a Dios ni la oferta del cielo y por lo tanto *tienen* que ir al diablo y al infierno para pasar allí el resto de sus vidas. "No os engaños, Dios no puede ser burlado", Gál. 6:7; Judas 14-15. Sirve de consuelo adicional al creyente el hecho de que el diablo y sus hijos no podrán jamás entrar al cielo y por lo tanto no podrán jamás molestar a los cristianos, Apoc. 21:27; 22:15. En vez de ser víctimas de las tentaciones y los ataques de los diablos, los santos en el cielo gozarán de la eterna comunión con los miles de los santos ángeles.

Al morir, cada cristiano será trasladado de la Iglesia militante a la Iglesia triunfante, del reino de gracia al reino de gloria. Lázaros, al morir, fué llevado por los santos ángeles directamente de su condición de mendigo al seno de Abraham. El malhechor penitente fué inmediatamente de la cruz al Paraíso. Esteban el mártir fué elevado directamente de las maldiciones y las piedras de los asesinos judíos a la presencia del Señor Jesucristo en el cielo.

En el Día del Juicio los creyentes que aún viven en la tierra serán llevados al cielo en un solo grupo. En un momento, en el abrir y cerrar de un ojo, serán transmutados y recibirán un cuerpo glorificado y celestial, 1 Cor. 15:51-52; 1 Tes. 4:13-18. Y en Apoc. 3:21 el Señor añade esta misericordiosa y gloriosa promesa: "Al que venciere, le daré que se sienta conmigo en mi trono, como yo también vencí, y me senté con mi Padre en su trono".

En Luc. 12:32 Jesús dice: "No temáis, pequeña grey, porque a vuestro Padre ha placido daros el reino". Esta grey es pequeña sólo cuando se compara con la inmensa mayoría de los incrédulos. Sin embargo, esta grey comparativamente pequeña constituye inmensas muchedumbres, innumerables personas alrededor del trono del Cordero, "una gran muchedumbre, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas", Apoc. 7:9. Por consiguiente, los ciento cuarenta y cuatro mil de Apoc. 14:1-3 son un número simbólico, figurado, de completamiento,  $12 \times 12 \times 1000$  (quizás las doce tribus para la Iglesia del Antiguo Testamento, los doce apóstoles para el Nuevo Testamento,  $\times 1000$ , el número total de los escogidos, los santos, hablando en sentido figurado). El capítulo 14 del Apocalipsis es estrictamente figurado en su lenguaje; por consiguiente, también los ciento cuarenta y cuatro mil es una cifra en un sentido *figurado*. Cf. Apoc. 7:4 y sig. los ciento cuarenta y cuatro mil, ¿serán todos judíos? solamente judíos? De ser así, poca sería nuestra esperanza, y tendríamos que contentarnos, como los dignos de lástima Testigos de Jehová, con la sencilla perspectiva de una *tierra* nueva. Pero sea cual fuere el significado de lo que quiere decir el Señor con "tierra nueva", Isa. 65:17; 66:22; 2 Ped. 3:13; Apoc. 21:1, el Libro del Apocalipsis siempre pinta a la muchedumbre de santos rodeando el trono del Cordero en el cielo, donde hay "*muchas moradas*", Juan 14:2.

El Libro del Apocalipsis abunda en descripciones de la gloria de la Iglesia en el cielo, Apoc. 5; Apoc. 7:9-17; Apoc. 14:1-7 (únicamente vírgenes *espirituales*, creyentes leales a su Esposo); Apoc. 19:1-16; Apoc. 21; Apoc. 22:1-5.

Respecto a los creyentes en el cielo el Señor Jesús dice: "Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre", Mat. 13:43. ¡Qué hermosa *gloria!* ¡En el cielo, su hogar eterno, los hijos de Dios tendrán cuerpos glorificados como el cuerpo glorioso de Jesús! Filip. 3:21. ¡Qué hermosa *gloria!*

En el cielo los bienaventurados creyentes pueden asociarse libremente con millones y millones de santos ángeles y unirse a ellos en una doxología tras otra. "Millares de millares ministraban delante de Él, y millones en su presencia se levantaban", Dan. 7:10. "Miré luego, y oí voz de muchos ángeles en derredor del trono y de los seres vivientes, y de los ancianos, y su número era cientos de millones y millares de millares", Apoc. 5:11. De modo que cientos de millones de santos ángeles e innumerables millones de santos repetidamente prorrumpirán en cántico espontáneo, según la descripción que hace el Apocalipsis. Entonarán un nuevo cántico, el cántico del Cordero y su redención, un cántico que sólo los redimidos y los ángeles pueden entonar, Apoc. 5:9-13; Apoc. 7:9-17; Apoc. 14:1-5. En el cielo abunda el cántico y la música sonora, porque en él abunda el gozo inefable, Salm. 16:11. ¡Qué gloria y qué honor para la Iglesia: vivir con Dios en el cielo, gozar de todas las glorias celestiales, pertenecer a los coros celestiales! Entonces los santos serán reconocidos como verdaderamente *prudentes*, o sabios.

En el infierno: el llanto y el rechinar de dientes: en el cielo: gozo extático.

De este modo, el Señor Jesús, el Señor de la Iglesia, glorifica a su amada Iglesia. Por lo tanto, "al que nos ama, y nos libertó de nuestros pecados con su sangre, e hizo de nosotros un reino, sacerdotes para su Dios y Padre: a Él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén". Apoc. 1:6.

"Ahora al Rey de los siglos, inmortal, invisible y único Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén". 1 Tim. 1:17.

A. Meléndez

Fin